

de sorprender el cuartel; los conspirantes eran criollos y europeos; pero Dios quiso que fuesen descubiertos.

Sábado 7. El comandante Herrera pidió por medio de un oficio al cabildo veinticinco mil pesos prestados para gastos de la tropa, mientras se realizaban del tabaco perteneciente á la hacienda nacional; llamóse á junta de vecinos para que cada uno contribuyese á *prorata* con lo que buenamente pudiera, y solo se juntaron diez y siete mil pesos.

Domingo 8 de Abril. Se celebró misa de gracias en la parroquia, muy solemne, por el buen éxito de la guerra, con asistencia de toda la oficialidad y salvas; el concurso fué muy lucido.

Viernes 13. Salió el Sr. Herrera para la provincia de Puebla; quedó en la villa un resto del Fijo y la division de D. José Martínez, que la estaba engrosando con reclutas.

Sábado 14. A las cuatro de la tarde llegó de Córdoba un cañon escoltado con treinta hombres.

Domingo 15. Entre nueve y diez de la mañana salió un cañon mas para la division del Sr. Herrera, y los soldados que habian quedado del Fijo de Veracruz.

México, Agosto 30 de 1827. (6º y 7º)



CARTA DÉCIMA.

Ocurrencias de México.

MUY señor mio. A la primera voz del alzamiento, el virey trató de reunir el mayor número posible de tropas, para que con ellas obrara el mariscal Liñan. Contábanse entre los primeros cuerpos expedicionarios el batallon de Castilla por su disciplina, y por tanto, se dió orden para que sin pérdida de momento abandonase las villas de Córdoba y Orizava; esta coyuntura era la mas favorable que pudiera presentarse al comandante, y que Herrera le hizo ocupar ámbos lugares, tanto para aprovecharse de aquellos momentos preciosos de entusiasmo, y ejercitar allí el ascendiente que tenia sobre los vecinos y el pueblo, como para sacar los recursos militares que abundaban en ámbas villas, que habian sido mansion durante la guerra, no de gruesos destacamentos españoles, sino de cuerpos numerosos. Su presencia fué muy oportuna, ya porque Santa-Anna se puso de acuerdo con él, ya porque ámbos comandantes acordaron el plan de campaña que debian seguir. El de Santa-Anna fué hacer la guerra en la costa de Veracruz para ocupar los puntos marítimos de ella, y despues la plaza y puesto principal; el de Herrera, reunir los gruesos destacamentos que habia en los lugares inmediatos, como Nopalucan, Acacingo, Huamantla, &c., y formar un campo volante que contuviera las irrupciones de Puebla, entreteniéndole de este modo las fuerzas de esta ciudad y las de la plaza de Veracruz. Prometíase tambien engrosar mucho con la fuerza y recursos con que le brindaban los habitantes de los Llanos de Apan,

con cuyos gefes se hallaba en correspondencia. Entre tanto que Herrera realizaba con buen suceso este plan, supo que el coronel Hevia volvía para las villas, no solo con su batallón, sino con otros cuerpos; porque aunque el conde del Venadito hubiera querido llevar adelante su plan de reconcentración de fuerzas en las inmediaciones de México, no era posible abandonar las villas, donde tenía el gobierno más de sesenta mil tercios de tabaco; único recurso con que contaba por entonces para hacer la guerra. Asimismo estaba Herrera de acuerdo con el coronel Zarzosa, que había salido de Puebla conduciendo un correo para Perote con una regular división y órdenes de apoderarse de las villas; y aunque este jefe no se le reunió entonces personalmente como quisiera, sufriendo en Ixtapa la deserción de dos terceras partes de su fuerza, lo hizo después, coadyuvando entre tanto á ministrarle desde Puebla toda clase de recursos con el mayor celo por la causa de la independencia. Resolvió por tanto Herrera situarse en Tepeaca, ciudad antigua y á propósito para defenderse en el convento de franciscanos, que es una verdadera fortaleza. Ya había tenido antes aviso del general D. Nicolás Bravo, que se hallaba en Izúcar, donde había levantado una regular división de caballería; pero como cesase de darle noticia de su existencia, ignoraba Herrera su paradero. Ultimamente supo que se hallaba en Tlaxcala y que venía á reunirse, como de hecho lo ejecutó, aunque sin municiones, cuando ya esperaba el ataque de Hevia en Tepeaca. Verificóse éste el 26 de Abril como veremos.

Luego que entendió el gobierno de Veracruz que Santa-Anna no podía contrarestar á los levantados en las villas, lo auxilió con la fuerza de ciento treinta hombres del Fijo de aquella plaza y un grueso de lanceros que puso al mando del capitán D. Francisco Ramírez; pero esta fuerza engrosó la de Herrera, pues toda se le pasó. La deserción continuó en Veracruz en términos de no salir ya la retreta, porque no había tambores ni cornetas. Sucedió casi otro tanto en Puebla, pues los hijos del difunto coronel Flon también se habían pasado á Herrera con cerca de doscientos dragones del Provincial de Puebla. El terror ocupaba los ánimos de los veracruzanos, y estaban tan sobresaltados, que el día 3 de Abril á las doce y media se tocó una alarma general con la campana de la parroquia y guardia del principal *por la misma mano* del alcalde constitucional D. Manuel García de la Lama, hijo de Veracruz, hombre adulator bajo de las gachupines, que procuraba de cualesquier manera congraciarse con ellos. Motivó esta asonada una pendencia tenida por dos negros junto á su casa en los puestos de bodega que había en el baratillo, y creyó que eran los independientes; todo fué grita y confusión; el gobernador hizo venir á doscientos veinte grumetes de los buques que había en la bahía, que situó en los baluartes y acuarteló en los conventos, donde cometieron sus acostumbrados escesos.

La noche del 11 de Abril hubo otra alarma que ocasionaron dos *marraños hambrientos* que andaban ozando cerca de un baluarte con sus acostumbrados gruñidos; diéronles el quién vive los grumetes, y como no respondieron, hé aquí que comenzó un fuego granado sobre ellos, y el pavor sobrecogió á todos. *Pedro Perez*, gachupin, semillero, mató á un pobre hombre huevero, sin darle motivo y como quien caza á un conejo; apenas se le puso en la cárcel y luego se le dió libertad.... ¡Ya se ve!... Era la sangre de un pobre criollo que derramaba un señor español, sangre ruin é indigna como la de los viles cornudos animales, sobre quienes el león de la fábula incaba.... *sus sacros dientes y sus uñas reales*.... pero entre los magnates sin lisonja *pasaban por escrupulos de monja*. Por aquí se conocerá el estado de opresión en que vivíamos entre aquellas fieras; pero entre tanto nos vengaba de ellas muy á su placer el teniente coronel Santa-Anna. El discurría por entonces con cerca de quinientos hombres por el rumbo del *Temascal*, y se dirigía para Alvarado, donde lo esperaba el comandante D. Juan Topete. Muchas veces hemos hablado de las fechorías que había hecho este marino, el cual tenía grande influjo sobre los negros, de modo que lo que decía.... *D. Juan*, era creído de ellos como si saliera de la boca de un oráculo, y se ejecutaba sin réplica; pero había llegado el tiempo en que desapareciese su prestigio: habiánsele comenzado á cambiar sus soldados. El general Dávila le mandó que remitiese á la plaza un trozo de infantería y caballería para la guarnición; apenas llegaron (el 3 de Abril) sesenta de caballería, pues la infantería toda se le desertó. Sin embargo, Topete creyó sobreponerse á este acontecimiento, y que se le obedecería como ántes, en fuerza de sus arengas á la tropa. Presentóse Santa-Anna en Alvarado el 25 de Abril con seiscientos hombres y un cañón, y aunque Topete estaba de acuerdo con el ayuntamiento en resistirle, en el acto de comenzar á obrar los realistas, les oyó Topete gritar.... ¡*Viva la independencia!* por lo que tuvo que retirarse avergonzadísimo. En el año de 1813 Alvarado rechazó una fuerza triplicada, que estaba al mando de Bravo, Bárcena y Machorro: ahora con una fuerza inferior es ocupado; entonces el pueblo aborrecía la misma causa que ahora ama con entusiasmo. Esta noticia consternó á los veracruzanos de modo, que el 21 de Mayo cerraron las puertas de la ciudad, y solo se manejaban por la de la Merced. El 2 de este mes había entrado Topete en Veracruz, sano y salvo, con pasaporte de Santa-Anna, quien no solo le trató bien, sino que le salvó la vida, pues algunos negros insolentes querían matarlo. Entró para hacernos después daños gravísimos, pues se embarcó para la Habana; condujo un convoy de víveres y tropas para el castillo, introduciéndolo en la bahía, como diestro práctico que era de ella, y nos tornó los grandes beneficios con grandes agravios, á pesar de ser su esposa y familia de Tlacotalpan.

En 28 de Abril acordó el cabildo de Veracruz, no admitir buque ninguno de este punto y Alvarado, cerrándose el puerto para aquellos lugares, y además se mandaron habilitar de cañoneras unas lanchas para invadirlos, trabajando sin intermision día y noche; pero desistieron de la empresa cuando por esperiencia y tentativas conocieron que era inútil.

Además de estos golpes, recibió otro la guarnicion de Veracruz, teniendo que abandonar el fortin de la Antigua á la llegada á él de los independientes, que lo quemaron el día 8 de Abril.

Detall de la accion de Tepeaca, dado por el coronel Herrera al general Iturbide.

“Señor general. Despues de haber ocupado con la mayor felicidad las villas de Córdoba y Orizava, segun lo tengo comunicado á V. S. en mi parte oficial fecha 6 del que acaba, me fué preciso detener en la de Orizava, para arreglar la defensa de tan importantes poblaciones, y el día 13 me puse en movimiento, con direccion á Acacingo, para estar en disposicion de ausiliar al señor coronel D. Nicolás Bravo, que segun su oficio del día 11 se hallaba amenazado en Izúcar. Antes habia ya despachado doscientos hombres de caballería, al mando de D. Francisco Miranda, por el rumbo de Tepechi con el mismo objeto.

El día 17 llegué á Tepeaca, y tuve noticia de que el señor Bravo se habia retirado de Izúcar sin saber su paradero, en cuya virtud dirigí varios correos para solicitarlo, dándole noticia del parage donde me hallaba, y por último, tuve que despachar al capitán de dragones de Puebla D. Francisco Palacios Miranda, con instrucciones y noticias últimamente recibidas, quien lo encontró en Huamantla. En este intermedio tuvo el coronel Hevia, que se dirigió para Izúcar, lugar de retroceder á Puebla y ponerse á atacar mi division, noticia que comuniqué al señor Bravo, quien con doscientos hombres de infantería y otros tantos de caballería, se dirigió en mi auxilio, llegando el 21 en la noche, y el 22 en la mañana se presentó el enemigo, sin darnos lugar á otras combinaciones que á la defensa de la misma plaza. La estension de ésta y el corto número de infantería, no dió lugar á otra cosa que á guarnecer el convento de S. Francisco, situado en un frente de la plaza principal y la parroquia á otro, cuyos fuegos por la situacion de estas fábricas cubrian perfectamente los cuatro vientos. La caballería, en número de seiscientos caballos, se colocó por todos los parages por donde el enemigo pudiera dirigir sus operaciones. La fuerza de éste consistia en mil trescientos infantes de los regimientos de Castilla, Ordenes militares, Fernando VII de Puebla y de línea, y poco mas de cien caballos de San Carlos y del Príncipe; no haciendo otra cosa, que un reconocimiento, situándose en unas alturas muy inmediatas á la pla-

za, sin establecer una línea formal, asegurándose solo de la superioridad que por lo fragoso le proporcionaba el terreno, colocando su artillería en un templo situado á la orilla de la ciudad, desde donde podia dirigir sus punterías para el convento y la parroquia.

El día siguiente rompió el fuego el enemigo, dirigiendo sus tiros de artillería á la parroquia, y destacando sus guerrillas, en cuya virtud y de acuerdo con el señor Bravo, dispuse la salida de dos de á veinte hombres que batieron y dispersaron á los enemigos, causándoles bastante pérdida, sin que por la nuestra hubiera otra que un cabo muerto, tres heridos levemente y dos contusos. El 26, no teniendo arbitrio para contener el ardor de los oficiales y tropa, y no habiendo presentado el día anterior el enemigo toda su fuerza, de acuerdo con el señor Bravo, dispuse cuatro columnas de ciento cuarenta hombres, una al mando del teniente coronel D. Francisco Miranda, que desde la noche tuvo orden de maniobrar para tomar la altura principal á cuya medianía se hallaba situado el enemigo, cuya operacion fué impracticable por lo fragoso del terreno: las otras tres, al mando, una del teniente coronel D. Celso Iruela, otra al del capitán de granaderos del Fijo de Veracruz D. Francisco Ramirez, y otra á la del teniente del Fijo de México D. Angel Puyade, para que atacasen al enemigo en su posicion, lo que verificaron con el valor y denuedo que nunca he visto, hasta llegar á la bayoneta. La accion se hizo general y vigorosa, y el enemigo puso en accion todas sus fuerzas; pero como el teniente coronel Miranda se esperaba en las cumbres del cerro y no pudo verificarlo, tampoco las columnas pudieron desalojarlo de sus posiciones ventajosas, defendidas por fuerza muy superior, en terreno en donde la caballería no podia maniobrar, y solo se consiguió darle una prueba del extraordinario valor con que se aventaja la tropa que sostiene la justa causa de la independencia.

El enemigo en este día y en el anterior tuvo una pérdida que debe sentirla por mucho tiempo, y que segun diferentes noticias, todas fidedignas, asciende en su total á ciento diez y nueve muertos, incluidos un capitán y dos subalternos, setenta heridos, de ellos treinta y cinco gravemente, y algunos que tomaron partido en esta division; siendo la pérdida de mi parte diez y nueve muertos y diez y ocho heridos, como se demuestra en el adjunto estado, sin contar en los últimos mas que cuatro de alguna gravedad.

No acertaré á elogiar debidamente la extraordinaria gallardía y valor con que se portó en este día toda la tropa y oficiales que tengo el honor de mandar.

Los Granaderos imperiales, al mando de su comandante el teniente coronel D. Celso Iruela, se han hecho dignos de toda consideracion. Los del regimiento Fijo de México, al de su ayudante D. Luis Puyade, llenaron completamente sus deberes. Los del Fijo de Veracruz, al de su capitán D. Francisco Ramirez, son dignos de

la consideracion de V. S. Este benemérito oficial, sobre haber contribuido al aumento de esta division, incorporándose con setenta granaderos y diez dragonos, y ser de lo mas esacto en el cumplimiento de sus obligaciones, se llenó de gloria en este dia, defendiéndose con valor y serenidad de un número triple de enemigos, haciendo una retirada en todo orden; lo que pongo en la noticia de V. S. en obsequio de la justicia.

Dios guarde á V. S. muchos años. Comandancia general en S. Andrés Chalchicomula, á 29 de Abril de 1821.—*José Joaquin de Herrera*.—Señor general en jefe D. Agustin de Iturbide.”

Sitio de Villa de Córdoba, y muerte del coronel Hevia.

Se acaba de publicar en la imprenta del gobierno de Jalapa, un folleto intitulado: Memorias de lo acaecido en Córdoba en tiempo de la revolucion, para la historia de la independenciamexicana: su autor *D. José Domingo Isassi*. Este parece algo mas que espartano, porque no solo economiza las palabras en lo que escribe, sino hasta la saliva; sin embargo, es preciso adoptar su relacion, como testo de la historia de este grande acontecimiento, por las circunstancias y solemnidades con que se ha escrito.

“Despues de hecha la capitulacion en Córdoba, que dió libertad á la villa... marchó Herrera (dice *Isassi*, pág. 38) á continuar sus tareas militares, dejando un solo piquete de guarnicion, y comenzaron á presentarse muchos individuos así de Córdoba como de sus rancherías, dispuestos todos á morir en defensa de su libertad, cuyo entusiasmo aumentó la llegada del general Victoria á esta villa, y su vecindario le recibió en su seno con la mayor alegría, y le obsequió como al héroe de la provincia.

“A poco de haberse retirado Victoria por seguir á Iturbide, se convocó una junta para tratar de la defensa de Córdoba. Todos los vecinos convinieron en tomar las armas, y en disuadir al comandante D. Francisco Javier Gomez del proyecto de irse á fortificar al pueblo de S. Juan Coscomatepec, como se tenia pensado, para rechazar allí al coronel Hevia, que dirigia su marcha sobre las villas. Tres europeos únicos que rehusaron tomar las armas, fueron desterrados á pedimento unánime del pueblo, é inmediatamente se comenzó á fortificar la villa, comisionándose al efecto á D. Antonio Guardaelmuro y á D. Francisco Calatayud.

“El dia 10 de Mayo, habiendo corrido la noticia de que el coronel Samaniego venia por el naranjal á cortar la retirada de Tepeaca á la novena division que regresaba á Córdoba, ó á atacar á ésta, volaron á la plaza doscientos cincuenta voluntarios, que se impacientaban porque no habia armas que darles para su defensa; vieron llegar á veinte vecinos del pueblo inmediato de *Amatlan* de los Re-

yes, armados todos, á ofrecerse al comandante, con su capitan nombrado por ellos mismos D. Pascual García.

“Tales eran los preparativos de Córdoba cuando llegó el mismo dia 12 el Sr. Herrera con doscientos infantes, compuestos, parte de la columna de granaderos, Fijo de Veracruz, Fernando VII de Puebla, Barlovento y cien caballos de los provinciales de Puebla, Dragonos de España, y la compañía del capitan D. Felipe Luna; é inmediatamente se encargó de perfeccionar la fortificacion el teniente coronel D. José Duran, quien habiendo trabajado con la mayor actividad, tuvo la satisfaccion de acabar una obra demasiado perfecta en su clase, con respecto al corto espacio como de tres dias que le concedió la marcha de Hevia sobre la villa. A la fuerza de Herrera se unieron ochenta patriotas, decididos todos á morir al pié del cañon. Otra porcion de vecinos para quienes no habia las armas competentes, se preparaba para otros servicios tan interesantes á la vez, como defender un parapeto.

Diario de operaciones sobre Córdoba.

Mayo 15 de 1821. Rompieron el fuego las guerrillas de Hevia en la barranca de Villegas al capitan Luna, quien se retiró inmediatamente por no poder resistir con su caballería una fuerza de mil infantes y cien caballos con un cañon de á 12, un obus y abundante pertrecho.

A las tres y media de la tarde se avistó Hevia en el matadero (1). A las cuatro marchó de allí con una columna de quinientos hombres á la plazuela de S. Sebastian. De allí destacó otra de trescientos, y se emposesionó de las casas de D. Antonio Cevallos y de D. Blas Serrano, y rompió el fuego á los parapetos números 6 y 8 hasta las siete de la noche, en que reinó un profundo silencio.

Dia 16. A las cuatro de la mañana ya estaba situado un obus en S. Sebastian sobre la plaza. Aparecieron algunas trincheras de tercios de tabaco en las calles, y comenzaron á batir la casa de D. Manuel Torre. Abrieron brecha con el cañon de á 12, é intentaron asalto por allí mismo á las cinco y media de la mañana con dos compañías de preferencia, y fueron rechazados. Hevia se incomodó demasiado; mandó derribar á cañonazos la casa de la botica, y como no recibiese mayor daño á los dos ó tres tiros, hizo retirar al artillero, se puso á dirigir él mismo la puntería, y en esta accion recibió un tiro de fusil en la sien izquierda, y le salió la bala junto á la oreja derecha. Se observó por los de la plaza un profundo silencio sin

(1) Al pasar por Orizava conoció Hevia la mala disposicion que para recibirlo tenia la villa, pues no salió á victorearlo y obsequiarlo como antes; presintió su muerte, y dijo á D. Manuel de Argüelles estas palabras... *Vengo como los soldados suizos, á morir por el que me paga.* Hacia la guerra contra sus sentimientos, porque era constitucional.

saber á qué atribuirlo (1). Succedió á Hevia en el mando el teniente coronel D. Blas Luna. A la media hora comenzaron á echar camisas embreadas á la casa de Torre para incendiar toda la manzana, lo que consiguieron, excepto una casa de la acera que tocaba en las trincheras, la cual fué defendida por la actividad de D. Francisco de la Llave y el capitán D. José Velazquez, quienes á mas de la defensa que hacían con las armas, animaban á los zapadores para impedir que el fuego se comunicase á la plaza. Siguió el ataque vigorosamente día y noche sin intermision.

Día 17 (2). A las tres de la mañana, no habiendo ya fuerza competente para cubrir los puntos, á causa de lo muy fatigado de la tropa, dispuso el comandante de la plaza, que se desmontasen cuarenta dragones para reforzar los números 7 y 8, como se verificó, encargándose del 8, por donde cargaban mas los españoles, el capitán Velazquez.

En este día intentaron incendiar la manzana siguiente, comenzando por la botica, que ardió toda, y su esquina acabó de ser derribada, por la artillería, apurando los fuegos para dar segundo asalto, que lo verificaron á las dos de la tarde, y fueron completamente rechazados por la misma botica, por las paredes de la manzana incendiada el día anterior, y por el parapeto de cal y canto número 8, que arrasaron completamente, y fué repuesto con saquillos de tierra y tercios de tabaco.

(1) Hasta el día siguiente no se tuvo en la plaza noticia de este suceso.... El modo como se averiguó lo he oído referir del modo siguiente: Un hombre estaba en una casa no muy distante de la de Torre, cuando le avisó su dueño que hacía ella venía una partida de soldados sitiadores: entraron éstos, la catearon robándose algunos manojos de tabaco que había allí, y se preparaban á registrar el tapanco donde él estaba oculto cuando tocaron llamada.... No hagais tal, dijo uno de ellos: vámonos luego, porque estamos perdidos con la muerte de nuestro coronel.... Cállate.... C....! dijo uno de los compañeros, pues si los de la plaza lo saben, nos acaban: salieron, y él se escapó á dar este aviso á los sitiados, que despues confirmaron.

(2) Conviene tener presente que al paso que se defendía Córdoba, no estaban ociosos los independientes cerca de Veracruz. En este día D. N. Polledo, oficial de Mayorca, se presentó en la plaza con sesenta hombres de este cuerpo que guarnecían el fortín de la Antigua, de donde se retiró clavando un cañon sin aguardar á los americanos, porque supo que éstos habían tomado el Puente del Rey y dejado en él de comandante á un N. Ricoy, gallego. Incomodóse mucho de esto el general Dávila, y mandó arrestado á Polledo al castillo con el destacamento. El día 18 selió de Veracruz el capitán Toro, del Fijo de esta plaza, con un buen cuerpo de tropas á ocupar dicho fortín; pero ya lo estaba por los independientes que habían habilitado el cañon, y puéstose en estado de defensa. Una y otra tropa se respetaron recíprocamente; los oficiales comieron juntos y se obsequieron, partiendo su galleta y arroz amigablemente. La mañana del 19 entró Toro en Veracruz, pero sin que le faltase ni un soldado, pues los de esta partida habían dado palabra al Sr. Dávila de no desertarse ni abandonarlo: tal ascendiente tenía sobre el pueblo de Veracruz un hombre de quien puede decirse que era un cenobita con espada y baston, que ejercía las virtudes cristianas sin hipocresía, y que cuando no se le hallaba en su despacho, estaba en la iglesia. *Et qui vidi testimonium dat.* La fuerza de su educación militar y principios de un siglo atras, le hicieron mantenerse en su sistema servil; pero su fondo y operaciones como ciudadano y magistrado siempre se presentarán á la faz del mundo sin tacha. No temo que la malignidad glose á la peor parte este tributo que pago á la justicia.

Al mismo tiempo eran acosados en el egido por la caballería, pues habiendo dispuesto el comandante de la plaza que los atacasen por retaguardia en su puesto, así se verificó, y el comandante español destacó á aquel punto doscientos hombres. Visto esto por los independientes, hacen una retirada falsa; la tropa avanza hasta la loma de las Carreras: de allí vuelven caras sobre ellos, y el capitán Luna los pone en precipitada fuga con veinte flanqueadores: Luna va ciego hasta quererles tomar de las fornituras; mas repentinamente se rehacen los españoles, vuelven sobre él, y apenas puede escapar por la ligereza de su alazan. Todos habrían sido prisioneros, si el sargento mayor Villamil, que mandaba la caballería americana, no lo hubiera abandonado, mandando hacer alto cuando puntualmente le dejaban el campo sus contrarios.

Los que atacaban la plaza, suspendieron el fuego como por dos horas, y continuaron despues con el mayor vigor todo la tarde y noche, en que atacaron á los números 6, 7, 8, 9, 10, 11 y las manzanas incendiadas, intentando varias veces nuevos asaltos, ya por una, ya por otra parte, hasta el día 18.

A las ocho de la mañana empezaron á aflojar los fuegos y los sitiadores perdieron la esperanza, pues ni las granadas dirigidas á la plaza con bastante acierto, ni las balas de á 12 que hacían bastante estrago en la torre de la parroquia, ni los repetidos asaltos por las trincheras, ni su principal conato en horadar las paredes para sorprender la guarnicion, fueron bastantes para acobardarla. Todo se prevenia; las granadas eran apagadas en el acto; los asaltantes propulsados con valor y burlados por la actividad de Duran, especialmente en las troneras, que abiertas por ellos mismos, se convertían en medios para su muerte.

A las nueve se avistó en el egido el teniente coronel D. Antonio Lopez de Santa-Anna, que venía á ausliar de Alvarado á la plaza, cen trescientos infantes y doscientos cincuenta caballos: presentó accion, provocó á los españoles, y no quisieron salir de sus trincheras, por lo que á las cuatro de la tarde se retiró á la hacienda de Buenavista, donde campó por disposicion del señor Herrera y pasó allí la noche.

Día 19. Al amanecer volvió Santa-Anna al Egido, y se levantó una trinchera en la loma nombrada de los *Arrieros*, donde se enharboló la bandera nacional, y se situó un cañon á las órdenes del ayudante D. José Durán, para ver si los españoles salían á atacar aquel punto. Al efecto se ocultó la infantería en una barranquita y la caballería en el bosque inmediato; mas no habiéndose conseguido el intento, á los ocho de la mañana se les rompió el fuego con el cañon, dirigiendo la puntería á su cuartel general que estaba en una casa de las de S. Sebastian, y á la trinchera que guardaba su entrada desde donde contestaban con sus fuegos de artillería y fusilería. En este estado dió parte Santa-Anna, y el comandan-

te de la plaza ordenó que si no salían, á la oración de la noche entrase toda la infantería á la plaza, y la caballería se volviese á su campo. A las tres de la tarde fué engrosada la fuerza del egido, por el teniente coronel D. Francisco Miranda, que llegó con cien dragones; y como no salieron los contrarios, fué obedecida la órden, retirándose Miranda al rancho de la Posta.

Dia 20. Siguieron atacando la plaza, pero con mucho desmayo; y á las tres de la tarde intimó el general Herrera al comandante español D. Blas Luna que se rindiese á discrecion si no queria ser atacado en su puesto. Este respondió que formaria una junta de guerra para responder, y se suspendieron los fuegos de ambas partes. En este intermedio entró en la plaza el teniente D. Luciano Velazquez con cien patriotas venidos del rumbo de Jalapa. Á las diez de la noche rompieron un fuego vivísimo sobre la plaza, que les contestó con igual ardor; entendiéndose seria esta una intenciona para conseguir su fin, y de no rendirse al otro dia. Mas no fué así, sino que aprovechándose de la oscuridad de la noche, arrojaron en los pozos de las casas que ocupaban todas las municiones de boca y guerra que no podían llevarse, y emprendieron su fuga para Orizava. Mientras que la division se retiraba con la artillería, algunos piquetes menudeaban los tiros para no ser sentidos de la plaza, y duró este fuego hasta las doce y media.

Dia 21. No sabiendo los de la plaza á qué atribuir el silencio que comenzó á observarse, á la una y media de la mañana se dispuso que saliesen guerrillas y partidas á reconocer la situacion de los españoles, y volvieron con la noticia de su retirada. Entonces el general Herrera dispuso que Santa-Anna, con trescientos infantes y las partidas de caballería los persiguiese, como se verificó, con un fuego vivísimo que sostuvieron por todo el camino hasta dejarlos en Orizaba, donde se hallaba fortificado el coronel Samaniego con la division que le dejó allí el finado Hevia. No es fácil acertar con el número de muertos que tuvo la tropa enemiga en estos dias, pues pusieron el mayor cuidado en ocultarlos. Los vestigios que aparecieron de sepulcros en la iglesia de S. Sebastian, en su plazuela y solares, serian como once: asegúrase que algunos contenian hasta tres cadáveres, por lo que bien se puede afirmar que pasaron de treinta: sus heridos fueron ochenta, y sus prisioneros catorce; entre éstos un teniente de Fernando VII, otro de Castilla y el padre capellan. Los independientes tuvieron diez y siete muertos, entre ellos el capitán D. Pascual García de Amatlan, cuya muerte no acobardó á sus soldados; el capitán Pozos por arrojado y temerario, algunos granaderos de la columna, dos patriotas cordobeses y dos mugeres.

Los destrozos que padeció la villa fueron de mayor tamaño, pues asciende á medio millon el quebranto que recibió en el incendio y saqueo. Todavía hablan las ruinas de aquella heróica poblacion,

y dicen con voz enérgica á los viajeros.... *Córdoba enseñó á los españoles que un pueblo puede ser libre cuando sus ilustres defensores tienen en el corazon el amor á la patria, y por norte de sus operaciones el amor al órden y la obediencia á la disciplina militar.... En su defensa quedó amputado para siempre el brazo derecho del déspota español, que empapó de sangre sus campiñas.. Su orgullo fué humillado en el lugar mismo donde habia desarrollado con mas furor su rabia y ódio contra la independencia y libertad del pueblo mexicano. Es armienten los osados que quieren tornarnos al yugo antiguo de la servidumbre.*

El venturoso triunfo de Córdoba influyó directa y eficazmente en la independencia de la llamada Nueva-España. Si Hevia hubiera triunfado, habria sacado grandes recursos de las provincias de Veracruz, Puebla y Oaxaca que estaban todavía en estado de proporcionárselos: los americanos habrian perdido tanto prestigio, cuanto fué el que adquirieron con humillar la arrogancia española en este punto y en Tepeaca. Tengo por incuestionable que la eleccion militar de Novella, hecha por la separacion del conde del Venadito (de que despues hablaré), habria recaído en este gefe, como que era el de mayor valor y conocimientos que entonces habia entre los españoles.... ¡Quién sabe el cúmulo de males que apartó el cielo de nuestras cabezas llevándoselo á mejor vida! Agradecámoselo.

Ataque y toma de la villa de Jalapa.

Luego que Santa-Anna se retiró del auxilio que tan oportunamente habia dado á los sitiados de Córdoba, marchó al rancho de las Animas, y el 26 de Mayo reunió á su division la seccion del capitán D. Joaquin Leño, para obrar sobre Jalapa. El dia 27 dió á reconocer los comandantes de los cuerpos al mayor general y varios ayudantes. El 28 hubo un ejercicio general de las tres armas de su fuerza, al que concurrió gran parte de la poblacion de la villa. A las doce y media de la noche emprendió el movimiento para el asalto que proyectaba; dividió la fuerza en dos trozos: uno puso á las órdenes de Leño, que marchó por el Calvario, y con el otro, que mandó en persona Santa-Anna, asaltó por medio de los parapetos de S. José y del Vecindario, cayendo al callejon del *Perro* á las tres y media de la mañana. A las cuatro tocó este su diana en *Techacapa*, y en seguida emprendió el ataque de la fortificacion interior, que duró hasta las diez de la mañana, hora en que pidiendo el coronel Orbeagozo entrar en tratados, pasó á contestar con dicho gefe, el coronel Calderon y el mayor Aguado. Por artículos de la capitulacion en que intervino el teniente coronel D. Manuel Rincon, se acordó, que retirándose para Puebla los gefes defensores de la villa, sacasen parte del vestuario de sus cuerpos, las banderas del regimiento de Tlaxcala y sesenta y dos fusiles. Santa-Anna que estaba